



Reynaldo Sordo Cedeño

“La historia política del siglo XIX: de la ‘historia tradicional’”

p. 179-185

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LA HISTORIA POLÍTICA DEL SIGLO XIX DE LA “HISTORIA TRADICIONAL” A LA “NUEVA HISTORIA”

REYNALDO SORDO CEDEÑO

Instituto Tecnológico Autónomo de México

La historia en el siglo xx experimentó una gran transformación debido a dos escuelas: el marxismo y la corriente de la revista francesa *Annales* en Francia, publicada a partir de 1929. La mayor aportación de estas escuelas fue la apertura de la historia hacia las ciencias sociales y la introducción en la historia de la teoría y los problemas conceptuales. En ambas concepciones, y sus derivados, la historia política tradicional fue cuestionada y vista como una tarea de segundo orden, ante la prioridad de los procesos económicos o de larga duración de las sociedades. Además, la historia política tenía la desventaja de estar asociada a la historia oficial, la de bronce de los grandes héroes y gestas heroicas. Ante el empuje de la nueva manera de ver la historia, los estudiosos de la historia política nos convertimos en seres vergonzantes, siempre temerosos de que en una reunión de historiadores como ésta, nos preguntaran: “¿Y usted a qué se dedica?” Llegamos a olvidar que la historia como tal nació con la obra maestra de historia política de Tucídides de Atenas.

Una segunda desventaja se añade a la primera: en lo personal, me dedico al siglo xix, en su primera mitad, una de las épocas más desvalorizadas y menos estudiadas de la historia de México. A este periodo nos hemos acostumbrado a visualizarlo como una etapa de “anarquía”, caudillismo y militarismo, “era de los disturbios”, “era de las revoluciones” (con minúscula), en el mejor de los casos, “era de Santa Anna”, connotación negativa asociada con cierto “folclorismo” o “surrealismo” a la manera mexicana. Los otros procesos políticos de la pasada centuria, de todas formas, han atraído siempre a muchos estudiosos: la revolución de Independencia, la Reforma y el porfiriato. Esto si aceptamos una forma tradicional de periodizar el siglo xix.

Sin embargo, una periodización más coherente, desde mi punto de vista y más de acuerdo con los avances de la historiografía, para entender el proceso de la formación del Estado nacional moderno, tendría que fijarse conforme a criterios muy diferentes de los de la historia tradicional. El siglo xix comenzaría con la Ilustración y terminaría con el triunfo y la consolidación de los liberales en el poder. Luis González lo ha llamado siglo de la Ilustración y las luchas. La etapa que comienza con las reformas borbónicas y se

cierra con el triunfo liberal presenta parte del proceso de modernización del Estado en México surgido de una nueva concepción del poder, de la sociedad y de las relaciones entre ellos, proceso que tuvo una larga historia en Europa.

Charles Tilly señala como problemas críticos que un país enfrenta en su proceso de modernización:

1) el reto de modernidad: la confrontación de una sociedad, con su estructura tradicional de conocimiento, con ideas e instituciones modernas y el surgimiento de abogados de la modernidad; 2) la consolidación de un liderazgo moderno, la transferencia de poder de líderes tradicionales a líderes modernizadores en el curso de una normal lucha revolucionaria durante varias generaciones; 3) la transformación social y económica: el desarrollo de un crecimiento económico y un cambio social hasta el punto en que una sociedad es transformada de un sistema de vida predominantemente rural y agrario a un predominantemente urbano e industrial; 4) la integración social: la fase en la cual la transformación económica y social produce una reorganización fundamental de la estructura social a través de la sociedad.¹

Es claro que si nos atenemos a esta definición del siglo XIX, nos encontramos con un periodo de modernización incompleta: sólo se dan los dos primeros puntos que señala Tilly y están lejos de cumplirse los puntos tres y cuatro del proceso.

Las reformas borbónicas generaron los problemas políticos que encontramos a lo largo del siglo XIX, hasta la consolidación del grupo liberal: el ejército, el conflicto entre la Iglesia y el Estado, el enfrentamiento entre líderes tradicionales y líderes modernizadores, la dicotomía entre la ilustración y el autoritarismo, la regionalización del poder, el dilema federalismo-centralismo, la estructuración de las instituciones del poder. El siglo XIX es fundamentalmente un periodo de transición y crisis. Un mexicano lúcido, José Bernardo Couto, lo expresó con claridad meridiana:

De más de medio siglo a acá se han propagado y defendido opiniones, que no están en armonía con el orden y modo de ser de las sociedades de antes. Este conflicto de los principios nuevos con las instituciones, hábitos e intereses antiguos, es imposible que deje de tener en conmoción a los pueblos. La especie humana parece estar sufriendo una larga y penosa crisis, y el destino de la generación presente es el haber venido a la tierra en época en que se realiza una mudanza de primer orden.²

¹ Charles Tilly (comp.), *The Formation of Nations States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, p. 605 y s.

² *Dictamen de la comisión especial de la Cámara de Senadores sobre el cambio de la forma de gobierno y voto particular del Sr. Couto*, México, Imp. del Águila, 1835.

Si dirigiéramos nuestra atención al orden mundial, encontraríamos también una época de gran inestabilidad: de la guerra de los siete años al expansionismo prusiano, época de innumerables guerras y reacomodos políticos, con el desmoronamiento del imperio español y la lucha por la hegemonía mundial entre Francia e Inglaterra, esta última luego convertida en la primera potencia del capitalismo industrial y comercial. Aunado a esto se cumple la primera etapa del ciclo expansionista de los Estados Unidos de América, unificada en la guerra de secesión por los intereses industriales del norte.

Luis González, al periodizar la historia de la cultura en México, llama siglo de las luces y las luchas al lapso que va desde 1754 hasta 1859. Entre estos años se da la tercera revolución cultural de nuestra historia. Ella afecta lo político de manera decisiva: surgen la fidelidad a la patria, las obligaciones legales, el constitucionalismo y el estado de derecho. “El principal entretenimiento de los moralistas mexicanos entre 1812 y 1857 fue la confección de constituciones políticas.”³

La doctora Josefina Vázquez, con referencia a la obra de Brian Hamnett, nos dice:

Sus estudios sobre la modernización y crisis del imperio español han ido venciendo la tradición de considerar la independencia como un hito fundamental en el acontecer mexicano, para considerar el periodo de 1750 a 1850 como de transición, con sus cambios y continuidades. Este nuevo enfoque, resultado de la investigación de muchos historiadores, nos permite comprender mejor el movimiento independentista y los problemas de la fundación del Estado.⁴

Algunos de los historiadores que, sin pretender hacer una lista exhaustiva, han contribuido a este nuevo enfoque son: Luis González, Enrique Florescano, David Brading, Luis Villoro, Ernesto de la Torre, Christian Archer, Timothy Anna, Virginia Guedea, Guadalupe Jiménez Codinach, Carlos Herrejón, Jaime Rodríguez, John Tutino, Eric Van Young, Marcello Carmagnani, John Lynch, Michael P. Costeloe, François-Xavier Guerra, Linda Arnold, Miguel Soto, Barbara Tenenbaum, Cecilia Noriega, Charles Hale, Harold D. Sims, Nettie Lee Benson, Torcuato di Tella y, por supuesto, Brian Hamnett y Josefina Vázquez.

Qué lejos estamos aquí de la historia tradicional de héroes, épicas, santos y demonios, la que explicaba cómo las fuerzas del progreso se habían impuesto a las del retroceso, la que repetía las mismas tesis y los mismos argu-

³ Luis González, “El linaje de la cultura mexicana”, *Vuelta*, v. 7, n. 72, dic., 1982.

⁴ Josefina Zoraida Vázquez, reseña del libro: Brian Hamnett, *Juárez*, Londres y Nueva York, Longman, en *Historia Mexicana*, XLIV: 1, 1994.

mentos de los liberales del siglo XIX: los autores de *México a través de los siglos*, Justo Sierra y Emilio Rabasa.

Esta “nueva historia política” ha surgido penosamente a lo largo de estos últimos cincuenta años y no cabe duda de que recibió un fuerte influjo, aunque sea indirecto, de la renovación histórica de nuestra centuria. Al contacto con la escuela de los *Annales* y el marxismo, pienso que la historia política ubicó en nuevas coordenadas que, en términos generales, podrían ser las siguientes:

- 1) Definición más precisa de los conceptos usados (Estado, nación, partido político, federalismo, centralismo, etcétera).
- 2) Empleo de consideraciones teóricas de la teoría política, del Estado o de otras ciencias sociales.
- 3) Exploración de nuevas fuentes.
- 4) Concepción de la política y el ejercicio del poder dentro de un proceso social significativo.
- 5) Aplicación de métodos cuantitativos en los estudios de prosopografía que se han realizado.
- 6) Análisis no sólo de la acción política sino, también, de los efectos sociales de la misma.
- 7) Estudio del modelo en que las instituciones introducidas por la modernización política operan en una sociedad tradicional.
- 8) Búsqueda de nuevas interpretaciones y modelos explicativos.

Voy a referirme a un campo que he trabajado: la prosopografía. L. Stone la define como la

investigación retrospectiva de las características comunes a un grupo de protagonistas históricos, mediante un estudio colectivo de sus vidas. El método que se emplea es establecer un universo de análisis, y luego formular una serie uniforme de preguntas acerca del nacimiento y la muerte, el matrimonio y la familia, los orígenes sociales y la posición económica heredada, el lugar de residencia, la educación, el monto y la fuente de la riqueza personal, la ocupación, la religión, la experiencia en cuanto a un oficio, etcétera. Posteriormente, los diversos tipos de información sobre los individuos comprendidos en este universo, se combinan y se yuxtaponen, y se examinan para buscar variables significativas. Se evalúan con respecto a sus correlaciones internas y a sus correlaciones con otras formas de conducta o de acción.⁵

Con esta herramienta, el estudioso de la política pretende encontrar relaciones significativas sobre las razones de la acción política. ¿Por qué determinado grupo político defiende tales o cuales ideas, modos de hacer la política o intereses económicos? ¿Por qué las instituciones políticas asumen ciertas carac-

⁵ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 61.

terísticas bajo el influjo de la acción de determinados grupos políticos? ¿Cómo la posición social, la riqueza personal y la actividad profesional determinan los comportamientos de los actores políticos?

Investigaciones muy interesantes han comenzado a aparecer sobre la burocracia, los congresos, las legislaturas locales, los agiotistas, los empresarios, la nobleza, etcétera. Y es que la prosopografía nacida de la historia política ha superado a la historia social con mucho éxito. La prosopografía es un disciplina auxiliar muy útil para definir con mayor precisión los procesos políticos, las filiaciones partidistas, las redes de comunicación de los actores políticos y sus formas de actuar.

Todo lo que se requiere es una mayor disponibilidad a admitir la desconcertante complejidad de la naturaleza del hombre, el poder de las ideas y la influencia persistente de las estructuras institucionales. La prosopografía no proporciona todas las respuestas, pero es perfectamente adecuada para revelarnos la urdimbre de vínculos sociopsicológicos que mantienen unido a un grupo.⁶

Como toda herramienta, tiene sus limitaciones y no puede usarse indiscriminadamente:

- 1) Por lo común no encontramos una documentación uniforme; respecto de unas cuantas personas hay un exceso de información y en relación con otras las referencias pueden ser mínimas.
- 2) El método funciona muy bien en cuanto a grupos reducidos y tiempos cortos, pero en grupos numerosos y tiempos largos podemos encontrar inconsistencias.
- 3) También es útil para resolver un problema específico, aunque se complica cuando pretendemos responder a muchas variables simultáneas.

Vistos en perspectiva, son impresionantes los logros alcanzados por los estudiosos del siglo XIX mexicano; sin embargo, todavía falta mucho por hacer. La revolución, el porfiriato y la colonia siguen acaparando la atención de los nuevos y viejos historiadores.

El subperiodo menos estudiado sigue siendo el que corre entre 1821 y 1854, y todavía existen problemas y procesos que no entendemos cabalmente: la estructura, la organización y el papel del ejército en la época (la doctora Vázquez nos ha prometido un estudio sobre él); la situación real de la Iglesia y su actividad política en el periodo; las instituciones del proceso de modernización política y sus efectos en la sociedad; el proceso electoral, del cual no existe un estudio integrado; el ejercicio del poder en los estados. Si se emplea el concepto de confederación, habría que darle mayor consistencia empírica

⁶ *Ibid.*, p. 85.

con ejemplos concretos. Hacen falta definiciones más precisas de partidos y facciones políticas a nivel nacional y regional.

A excepción de Alamán, poco se ha estudiado a los líderes tradicionales y su ideología: Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Carlos María de Bustamante, Luis G. Cuevas, Manuel de la Peña y Peña, etcétera. Tampoco existe un estudio comprensivo del conservadurismo y la mentalidad conservadora del siglo XIX, como existe en otros países. También se sabe poco de los orígenes, la composición y el liderazgo del liberalismo moderado.

Si nos referimos a los estudios biográficos, el noventa por ciento de ellos los sigue acaparando Santa Anna. El periodo tiene un sinnúmero de personajes clave que en algún momento llegaron a tener tanta importancia como el general jalapeño: Anastasio Bustamante, Mariano Arista, Manuel Gómez Pedraza, Juan N. Almonte. Al referirme a la biografía puede pensarse que me he movido al terreno de la historia tradicional, pero no es así. Se pueden escribir biografías desde la “nueva historia”, fascinantes y de gran riqueza interpretativa y conceptual. Para muestra, basta referirme al *Juárez* de Hamnett, que nos presenta una nueva imagen del benemérito: la de un gran político, pragmático y realista, totalmente alejada de la visión tradicional mítica del Juárez imparable y sobrehumano. Esto lo puede hacer el autor, por su gran conocimiento de las condiciones regionales y nacionales, que dan razón de la trayectoria vital y política de ese gran hombre.⁷

Tampoco existe una visión coherente del partido conservador durante la Reforma y la intervención francesa. Esta última se ha estudiado más desde una visión novelesca o pintoresca, pero el ejercicio del poder y las relaciones entre Estado y sociedad han sido muy poco explorados. La participación de la Iglesia en este periodo comienza a ser analizada desde la “nueva historia”. Inclusive, me atrevería a decir que los aspectos sociales de los ejércitos durante las guerras de Reforma e Intervención siguen siendo un misterio para el común de los mortales y seguimos repitiendo lo dicho por los liberales del XIX al respecto. ¿Existe continuidad entre el ejército conservador de Miramón, Márquez y Osollo con el realista-nacional derrotado en 1846-1847? ¿Surgió realmente el ejército liberal de las milicias cívicas de los estados y, si fue así, cómo ocurrió el proceso?

El estudio de las relaciones internacionales ha avanzado mucho con los trabajos de Josefina Z. Vázquez, Carlos Bosch, Juan Ortega y Medina, Guadalupe Jiménez, John Lynch, Michael P. Costeloe, Jaime Rodríguez, Jesús Velasco, Raúl Figueroa, Ana Rosa Suárez, Ángela Moyano y Patricia Galeana, entre muchos más. Cada vez se hace más patente la necesidad de explicar a México en el contexto internacional de la época. Y, por supuesto, faltan gran-

⁷ Brian Hamnett, *Juárez*, Londres y Nueva York, Longman, 1994.

des síntesis de los vínculos internacionales globales del país que nos permitan entender procesos de larga duración, como la crisis de la hegemonía española y el conflicto angloamericano y francés por ocupar el lugar de España en sus relaciones con México.

No obstante los logros alcanzados por la “nueva historia política” sobre el siglo XIX, se presentan a la vista ciertos peligros que hemos de evitar:

- 1) Caer en el empirismo positivista y la fascinación por el documento. La cantidad de información que se descubre nos puede rebasar y llevarnos a pretender que los documentos hablen por sí mismos, renunciando así a la tarea más importante del historiador: la de pensar.
- 2) Llegar a un grado de especialización tal que nos impida comprender los grandes ciclos del acontecer humano.
- 3) Escribir sólo para un reducido círculo de especialistas con un lenguaje que sólo los iniciados entienden.

Se pregunta Eric Van Young: ¿qué es lo que hace a un libro realmente bueno? Y se contesta él mismo de la siguiente manera: *a)* plantea preguntas interesantes sobre asuntos interesantes; *b)* combina las preocupaciones tradicionales de los historiadores con aparatos conceptuales y consideraciones teóricas y *c)* muestra niveles de comparación implícitos o explícitos.⁸

La “nueva historia” ha llegado a la madurez y ha logrado realizaciones importantes. Se han abierto nuevas fuentes y reinterpretado las antiguas. Se empiezan a usar con generalidad aparatos conceptuales y modelos explicativos. Se han intentado pocos niveles comparativos y se tiene conciencia de que hay que escribir para el gran público. Estamos en un tiempo oportuno para intentar síntesis bien pensadas sobre el periodo, a través de trabajos de equipo o individuales, para trazar con mayor precisión el perfil de esta era de crisis, transición y revolución. Si, como dice Croce, toda historia es contemporánea y cada generación reescribe la historia, es indudable que la generación de la “nueva historia” ha cumplido su misión con creces.

⁸ Eric Van Young, “Recent Anglophone Scholarship on Mexico and Central America in the Age of Revolution (1750-1850)”, *HAHR*, 65 (4), 1985, p. 725-743.

